

## “ALMA EN BOCA, HUESOS EN COSTAL”. NEGROS EN LA NUEVA ESPAÑA<sup>1</sup>

Antonio García de León Griego

Recebir el reconocimiento y aceptación de este cuerpo colegiado de gran prestigio implica imbuirse del espíritu crítico que lo anima y de su misión trazada en beneficio de la Historia de México. Por eso, para mí es un privilegio estar en este recinto y, por lo mismo, debo agradecer a los doctores Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Luján, quienes me postularon para ocupar un sitio como miembro de pleno derecho de esta ilustre Academia, así como a los que acogieron positivamente mi candidatura. Agradezco también de antemano la respuesta a mi discurso, a cargo del Dr. Rodrigo Martínez Baracs, investigador comprometido con la Historia y relevo de las nuevas generaciones, de quienes con pasión profundizan en el conocimiento del pasado mexicano.

Asimismo, me llena de satisfacción ocupar el lugar número 30, creado especialmente para los historiadores “foráneos” y no considerados antes como miembros de pleno derecho; un sitio que estuvo ocupado antes por un apasionado historiador regional, el doctor José María Muriá, cuyos méritos indiscutibles lo han convertido en miembro emérito de esta noble institución, dejando su espacio para que otros podamos participar como propios de un cuerpo colegiado tan reconocido.

José María Muriá es el historiador que ha investigado minuciosamente la historia de la Nueva Galicia, de Guadalajara y del actual estado de Jalisco, insistiendo en la diversidad de los grupos humanos que la forjaron, en el origen de sus instituciones y de sus costumbres, y quien, habiendo sido director de la Biblioteca y el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y posteriormente director de

---

<sup>1</sup> Discurso de ingreso del académico de número beneficiario, don Antonio García de León Griego (sillón 30), leído el 7 de agosto de 2018.

El Colegio de Jalisco, ha contribuido a poner sobre el mapa del conocimiento la historia de su región y a ser el gran impulsor de proyectos culturales diversos en el Occidente del país. Su tesis, *Sociedad prehispanica y pensamiento europeo*, así como sus innumerables obras sobre la historia regional, han sido fundamentales para quienes hacemos historia desde las regiones y pretendemos realizarla utilizando las herramientas y las fuentes más diversas.

Asumo, entonces, la responsabilidad que significa ocupar este sitio, y los compromisos que conlleva.

\*\*\*\*\*

En el cuento titulado *Rip van Winkle*, Washington Irving atribuye la autoría de esa su historia de cazadores y fantasmas, que ocurre en un pueblo olvidado de la Nueva Inglaterra, a un relato hallado entre los papeles del difunto Knickerbocker, que según él, era un...

Venerable caballero de Nueva York que sentía gran curiosidad por el pasado holandés de la provincia y las costumbres de los descendientes de sus primitivos pobladores. Sin embargo, sus investigaciones históricas no se centraban tanto en los libros y en las fuentes documentales como en las personas ya que, por desgracia, los primeros contenían pocos de sus temas favoritos, al paso que descubrió que los antiguos habitantes —y, sobre todo, las mujeres— eran ricos en esta sabiduría legendaria tan inapreciable para la verdadera historia. Así pues, siempre que se tropezaba con una auténtica familia holandesa cómodamente instalada en su granja de techos bajos y a la sombra de un frondoso sicomoro, se sentía ante un verdadero libro y estudiaba los caracteres impresos en sus costumbres con el entusiasmo de un ratón de biblioteca...<sup>2</sup>

Seducido por esta concepción de la historia, y afirmando sin conceder que es cierto que el pasado emerge como una dimensión del tiempo en donde cualquier indicio pueda ser utilizado como venero para recontar, y que se preserva mejor en universos regionales más frecuentados por fabuladores que por sabios, entonces, en la narración evocada por el caballero de Irving, el mínimo acontecimiento

<sup>2</sup> N.E. existen diversas ediciones, adaptaciones y traducciones de este célebre cuento. Una versión reciente al español es la de José Luis Moreno-Ruiz, contenida en *La leyenda de Sleepy Hollow y otros cuentos de fantasmas*. Madrid, Editorial Valdemar (Colección Gótica, GOT-043), 2009, 2ª impresión.

prima sobre la historia de los grandes hechos, mientras que lo menudo conduce precisamente a identificar los bordes fractales de lo general. Ésa es la historia que pretendo frecuentar: la que se desprende precisamente de los detalles más pequeños, para lograr construir un mapa más amplio de los acontecimientos.

Es por ello que quisiera empezar aludiendo solamente al tiempo que me atañe, ese tiempo que se entremezcla con una acumulación de vivencias llena de laberintos y singularidades. Y hablar de un juego propio que es más un regocijo literario que la búsqueda de una precaria certeza; un juego en el que las piezas tienen que conducir a la construcción de una trama que les confiera sentido: una larga travesía gozosa, en donde lo inverosímil aflora como sustento de lo verdadero y que se va gestando poco a poco, sobre todo en el sentido de que, de principio, en este "oficio artesanal de la sospecha", como diría Forster al hablar de la historia, no se trata de ocuparse de un tema, sino, antes que nada, de crearlo y hacerlo relevante.

Así, nada nos ha hecho disfrutar tanto como pasarnos los días y los años persiguiendo historias. Porque no cabe duda que mi mujer y yo hemos gozado explorando el ancho mundo como cazadores en pos de presas codiciables, de relatos inverosímiles, de encuentros con tesoros perdidos: recuperando los vestigios que pudieran aplacar ese apetito voraz por conocer la continuidad de los sucesos, y que al crecer en intensidad, pudiera tragarse todas las intrigas posibles. Sagas completas, historias únicas, el engranaje del poder, la complicidad del dinero, los juegos entrelazados y sutiles de la vida cotidiana; como si con todo esto, al recrear y armar un relato, uno tuviera el poder de reanimar el tiempo. Esa experiencia iniciática que va de la niebla germinal de una idea a la alquimia de un producto terminado, me sigue seduciendo.

Y es que rehacer un momento de la historia, mirar con atención para contar las cosas, implica seguir rastros en varias direcciones, construir un andamiaje de innumerables vestigios, de restos semánticos y girones de lenguaje, en donde se puedan sostener todas las historias posibles. Es el momento que se da por intuición al acercarse a esa multiplicidad de presentes anteriores y simultáneos que suele desprenderse de lo que subterráneamente nos habita.

Así, me es más fácil en esa creación del pasado imaginarme en un pequeño pueblo del sur de Veracruz, corriendo descalzo por los arenosos senderos al encuentro de los otros niños de la comunidad, cubiertos con la complicidad de la espesura, llegando con ilusión a sumergirnos en las aguas de la poza del Ocozuapan, en donde teníamos la posibilidad de hundirnos y salir en el interior mismo del tronco de la ceiba que sombreaba el ojo de agua, en donde habitaban los pequeños dueños del monte, donde podíamos atisbar apenas una de las puertas del inframundo fértil del Dueño de los Animales. Porque aquello era como crecer en el interior de un ámbito paralelo, en donde la imaginación se refrescaba

en las aguas de los siete pozos, en aquellos manantiales en donde las mujeres y los hombres se bañaban desnudos. Era sumergirse en una selva habitada por manadas de monos alborozados, cortinas de bejucos, ceibas monumentales y serpientes venenosas.

Era esperar cada año con alegría la visita de la caravana de gitanos, que venía a romper la monotonía de la vida diaria, que llegaban con su vieja leona amaestrada a representar un pequeño circo, en donde caminaban en la cuerda floja a pocos centímetros del piso haciendo malabares y trapecios, y lo más importante, a proyectar pedazos de películas de Tarzán, con los rollos trastocados. Eso nos permitía ensayar después las suertes del hombre mono, de liana en liana, en las barrancas cercanas y las cejas del monte, teniendo como testigos a los monos araña que nos acompañaban desde lo alto. Los de la caravana eran gente llena de gracia que vestía de colores y hablaba otra lengua. Leían la suerte y la vida futura en las palmas de la mano y en las cartas; haciendo de su paso un acontecimiento singular y festivo en la vida del pueblo. Aunque, a pesar de ser bien recibidos, abrían un espacio de sospecha y de temor; porque al partir, decían que, como el flautista de Hamelin, podrían llevarse consigo a los niños del lugar.

Y en los juegos del tiempo y del azar, siempre me he preguntado sobre lo fortuito en las historias familiares. Cómo, por ejemplo, mi abuelo paterno, un médico militar de Michoacán, había sido arrastrado por la diáspora carrancista durante la revolución hasta el puerto de Veracruz, y luego, cómo desde allí había recalado en mi pueblo, comprándole a don Endo Fukushima, un vecindado japonés, la única farmacia en leguas a la redonda. Instalado en su botica, que era un centro de prodigios como toda farmacia de cualquier pueblo de aquella época, ejercía su oficio de sanador elaborando todo tipo de preparados en un pequeño laboratorio en donde se apilaban frascos de ungüentos y menjunjes, curas para el mal de ojo, agua destilada de rosas, glicerinas y benjuí, purgas demoledoras y la famosa “agua de los siete espíritus” que los campesinos le compraban para sus “limpias”, ensalmos y ceremonias religiosas. Gran parte de los remedios se elaboraban en recipientes y morteros y con fórmulas alquimistas de azufre, alhucema, alumbre, bórax o anís estrella; siguiendo las viejas recetas que el abuelo había traído de quien sabe dónde.

Mi padre, que heredó la botica y el oficio de médico, era ajeno a todo ese mundo de “supercherías” como les llamaba desde su visión urbana. Lo veo jugando al ajedrez con sus amigos y buscando rivales que le dieran la talla, pues se había coronado de joven como campeón nacional cuando estudiaba Medicina en la capital. Su incredulidad ante las supersticiones inmanentes era para mí a veces incomprensible: nunca le perdoné que se hubiera negado a acudir al lecho de muerte del brujo mayor del pueblo, el famoso *Cuātātāhuic*, su rival en curanderías, quien falleció en un combate con el mismísimo Diablo vociferando a los cuatro vientos que el único

que podía salvarlo era mi padre. En el otro extremo de aquella antigua casa que un terremoto derribó en 1959, percibo a mi madre, digna usufructuaria de los temores ancestrales de una vieja familia criolla del lugar que había heredado la acumulación de figuraciones nahuas, popolucas, ibéricas y africanas. La veo atrapada en esa atmósfera, leyendo el futuro en las cartas españolas o conjurando a los antepasados en recuerdos desplegados como pájaros en un gran árbol genealógico reconstruido por ella y que se remontaba al siglo XVIII. A varios de los personajes de sus recuerdos (el “conde Valerio de Jara”, el coronel Josep María Piqué, don Juan Bautista Franyuti, las jóvenes esclavas negras de la *Mamá Boncha* en la hacienda de Corral Nuevo y muchos más) los encontré después habitando los papeles coloniales de la Alcaldía Mayor de Acayucan, en el Archivo General de la Nación.

En aquellos años era imposible escapar a esa atmósfera profunda del Sotavento rural, teñido de naturalezas y creencias novohispanas, de costumbres ganaderas e indios amulatados hablantes de nahua; en donde se habitaba en pisos de temporalidades que convivían sin temores, en un andamiaje de varios niveles. Fragmentos de un mestizaje imparable que se conformó en la Colonia y que seguía de manera constante haciendo confluir todas las identidades en una única corriente de sucesos, sólo comprensibles para mí, y años después, en los testimonios escritos —religiosos y civiles— del inmenso magma virreinal.

Así es como llegué a configurar un territorio de memorias perdidas que trato de recuperar, abriendo los intervalos que se despliegan en el enorme acervo de los archivos, recorriendo por dentro las muchas puertas de los pasadizos interminables del relato, tratando de reconstruir los silencios o de intuir el sonido de los intervalos, ése que apenas se escucha en el coro de los acontecimientos y que toma su lugar espontáneamente en la medida en que se despliega como una lírica del tiempo; ésa es la historia a la que intento llegar.

\*\*\*\*\*

Siendo hijo de una región considerada jarocho, cuya sola mención apelativa evoca las reminiscencias de un mestizaje particular en donde el factor africano fue relevante, desde hace medio siglo me acerqué a este tema apasionante que uno de mis maestros, don Gonzalo Aguirre Beltrán, historiara desde los cuarentas, plantando un inmenso árbol de cuya sombra es difícil escapar si uno se refiere a los negros y mulatos del mundo colonial. Así que aquí entro al tema que propongo, el cual puede resumirse en la frase notarial que se usaba en los contratos de compra venta de esa mercancía humana, el “sepan cuantos” que veremos con pocas variaciones en esos contratos, o como reza uno proveniente del Archivo General de la Nación:

Este negro vendemos con todas sus tachas malas o buenas; porque en cuanto a su venta no le vendo más que un bulto con cabeza, **alma en boca, huesos en costal**; con todas sus enfermedades ocultas o manifiestas, exceptuando solamente la gota coral o, por otro término, el mal de corazón...

Una barroca expresión notarial que remite necesariamente a los términos más brutales de la esclavitud de los africanos en las Américas. “Bulto con cabeza” resume de manera sintética la ausencia de humanidad de un ser considerado poco menos que un animal. “Alma en boca” significaba que el cautivo era vendido en pleno uso de sus facultades, es decir, sano y con óptima predisposición para el trabajo. “Huesos en costal”, que podía el negro esclavo tener enfermedad oculta, de la que no se hacía responsable el vendedor, a menos que fuese epilepsia. Y “con todas sus tachas”, que podía resultar después un rebelde, —un facineroso, *cimarrón* o “huidor”—, de lo que tampoco se responsabilizaba el traficante negro.

Antes que nada, debo decir que la abundancia de estudios sobre la economía de plantación en el continente ha dado una imagen sesgada de la esclavitud en Nueva España imponiéndose como modelo general de análisis del tema. Predomina entonces la idea de una dominación rigurosa y totalizadora sobre una población que se hallaba, según esto, siempre en el estrato social más bajo, que era proclive a ciertas prácticas religiosas prohibidas, o que era perseguida y atemorizada por múltiples castigos, exclusiones y prohibiciones. El resultado de esta revisión, como dice Klein, fue

Una narrativa llena de historias de violencia y explotación, basada en un mínimo de investigación y en la ignorancia de las fuentes de archivo. Esta literatura creó una serie de mitos sobre los costos del comercio, los patrones del envío de esclavos a través del Atlántico, la mortalidad que sufrieron y las ganancias y beneficios definitivos para los europeos. Los ‘viajes atiborrados’, las tasas de mortalidad ‘astronómicas’ del 50%, ‘los esclavos baratos’ comprados supuestamente por abalorios sin valor y ron gratis, y el llamado ‘comercio triangular’, se sumaron todos a la lista de crímenes.<sup>3</sup>

Lo que se confirma en la Nueva España, y sin negar los aspectos opresivos y brutales del desarraigo, la marginación y la esclavitud (ni la dureza de ésta bajo la Corona de Castilla), es más bien una enorme variedad de circunstancias que nos

<sup>3</sup> Herbert S. Klein, “Tendencias recientes en los estudios comparados del comercio de esclavos en el Atlántico”, 2000, pp. 3-30.

obligan a plantear algunas hipótesis intermedias o mediadoras que posiblemente ayuden a matizar esta primera impresión. Algo que en general se pasa por alto es que en los tres siglos coloniales, la mayoría de los africanos y sus descendientes eran libres y sujetos a jornal, siendo los esclavos un grupo particular y cada vez más reducido. Pero al enfatizar en este último grupo, se tiende a aplicar los esquemas de la esclavitud más investigados en el Nuevo Mundo, tal y como se dieran en el Caribe insular, el Brasil o los Estados Unidos, es decir, en regiones en su mayoría fuera de la dominación española.

En estas circunstancias, el objetivo es un trabajo ambicioso en el que vengo navegando desde hace muchos años para insistir en un análisis detallado por regiones de la inserción económica y social de la población de origen africano y sus descendientes en toda la Nueva España, desde las Provincias Internas hasta el sur, dándole un carácter efectivo a su implantación laboral, desde las zonas de frontera, los puertos, las minas, los obrajes, las haciendas, la ganadería, el trabajo artesanal y el servicio doméstico: partiendo de una revisión centrada en las tendencias marcadas por los siglos de la trata, desde los años posteriores a la conquista hasta mediados del XVIII, cuando concluyó la introducción organizada de esclavos a través de las sucesivas concesiones hechas por la Corona en la América española a compañías particulares en ese largo periodo. Decir que durante las sucesivas licencias y *asientos*, el puerto de Veracruz fue la única factoría autorizada en la Nueva España para la introducción de esclavos, aunque otros emplazamientos portuarios, como Campeche, Acapulco, Tampico o San Blas, hayan también participado de este tráfico de mercancía humana introducida desde el África occidental y oriental —tanto por el Atlántico como por el Pacífico—, y posteriormente, desde algunas islas del Caribe que los ingleses, holandeses y franceses usaban como bases del contrabando. Se trataba además de una "mercancía" que en su traslado había que cuidar para que llegara a buen puerto y fuera efectiva su rentabilidad. Una mercancía que, a su turno, generaba una plusvalía por sí misma al ser "aplicada" al trabajo de las plantaciones y otras unidades de producción.

Desde Veracruz se distribuían los esclavos hacia el interior y la dinámica de su implantación en la sociedad novohispana estuvo en consonancia con las necesidades de una fuerza de trabajo móvil que podía ser trasladada sin mayores dificultades de una parte a otra mientras mantenían el estatus de esclavitud, a diferencia de las comunidades indígenas, más o menos protegidas en este aspecto por la legislación colonial. Pero tal vez uno de los rasgos fundamentales en el desarrollo de esta población, es que su inserción social no puede separarse de la vida urbana, del crecimiento de las ciudades de la Nueva España, en particular de la ciudad de México, lo cual nos obliga a una mirada total sobre lo económico, lo social y lo político

Conforme se establecía el orden colonial, y en virtud de la conformación paulatina de las ciudades y al crecimiento demográfico natural, los negros libres —y exponencialmente, los mulatos— empezaron a superar en número a los esclavos, apropiándose de muchos espacios urbanos y rurales y de ciertas situaciones de privilegio e intermediación y servicios. Ellos y sus descendientes fueron el segundo grupo de población después de los indios, y desde finales del XVI constituían un segmento muy heterogéneo y dinámico, al que había que emplear y fijar territorialmente. O como mejor lo dice Gonzalo Gómez de Cervantes en su informe a la Corona de finales de ese siglo:

En esta tierra van creciendo y multiplicando mucho los negros y mulatos que son [sus] sucesores y estos andan con la mucha libertad que tienen, de manera que destruyen a los negros y esclavos que están sirviendo a los españoles, porque todos tratan y contratan en la recatonería, de suerte que todos los bastimentos que traen a esta ciudad los atraviesan negros y mulatos libres, y nos los venden y revenden, y de gente de tan poca vergüenza y confianza, ningún bien se puede esperar ni conviene que tengan tanta mano sobre nosotros, que hayamos de comer por la suya, y así parece que convernía mucho reprimillos con prohibibles que en ningún género ni cantidad, no traten ni contraten, y que su modo de vivir y tratar se convierta a que sirvan a los españoles dándoles un competente salario; con lo cual se conseguirán grandes bienes. Los españoles ternán servicio por su dinero, los negros, negras, mulatos y mulatas andarán más recogidos y menos ociosos y no tendrán tanta mano como tienen, ni andarán juntos en cuadrillas, ni nos revenderán los bastimentos, ni harán otras muchas cosas que hacen, usando, como usan, mal de la libertad y no será el peor ardid de guerra reprimir a los que tan conocidamente son enemigos nuestros...<sup>4</sup>

En algunas regiones periféricas constituían casi la única población, mientras que en muchas más “se enseñorearon sobre los indios” y lograron ser los principales portadores del *ethos* español y el catolicismo popular en un mundo hostil y bajo conquista permanente, tal y como ocurría en el norte minero. Son abundantes así los testimonios sobre la búsqueda de vientres libres, en su mayoría indígenas, para procrear a su descendencia. Asimismo, si uno penetra con la lupa puesta sobre lo que fueron las políticas de poblamiento alrededor de minas y puertos desde el siglo XVI, se verá muy claramente la existencia de una población libre,

<sup>4</sup> Gonzalo Gómez de Cervantes, *La vida económica y social de la Nueva España a finales del siglo XVI*, 1944, p. 99.

en su mayoría de negros y mulatos de madre india, que fue parte de un poblamiento inducido, de una política deliberada y destinada a fijar una reserva laboral y agrícola que permitiera dinamizar los reales de minas y las riberas marítimas, regiones claves para el funcionamiento del sistema en su conjunto y como parte de la seguridad y la defensa militar, convirtiéndola en una población integrada a los intereses y a la estructura del Estado colonial.

Uno de los mejores ejemplos de este proceso es precisamente la región aledaña al puerto de Veracruz, en donde hubo, desde 1580 por lo menos, un reparto de parcelas a negros y mulatos libres beneficiados por varias salvedades a las Ordenanzas, con el fin confeso de fijar una población estable, que ocupara permanentemente el litoral y que a su vez abasteciera, en la medida de sus posibilidades, de frutas, granos y animales de corral al puerto.<sup>5</sup> Además, esta misma población se ocupaba de la carga y descarga de los navíos y de varios oficios artesanales en la ciudad y, sobre todo, de la defensa militar del puerto y el litoral ante los peligros que provenían del mar.

Sin embargo, en el conjunto de la Nueva España, en un universo mayoritariamente indígena y bullendo bajo el empuje dinamizador del mestizaje, que fue una de las claves de la modernidad novohispana, los negros y mulatos se fueron poco a poco integrando a las “castas” y a lo que posteriormente sería el grueso de la nueva población surgida de ese mestizaje. La realidad es que esta población se insertó en muchas de las actividades productivas de la sociedad colonial, incluso en las reservadas al grupo dominante. Es más, el hecho de que en lo general no se hayan conservado hasta hoy enclaves fuertes de presencia africana, fronteras étnicas precisas o identidades negras excluyentes, es la evidencia más clara de que las diversas estrategias de integración fueron, en lo general, exitosas.

En menos de cincuenta años de régimen español, la interacción del objetivo del desarrollo económico con las realidades demográficas y geográficas de la colonia, habían transformado al esclavo negro y a su descendiente libre en un elemento más, inmerso de muchas maneras en el sistema económico general.

Pero antes de abundar en esto, habría que decir que en la Nueva España —y a diferencia del Caribe insular, Brasil y los Estados Unidos—, la trata de esclavos nunca alcanzó niveles de consideración, y declinó para siempre desde finales del siglo XVII, antes de que iniciara el periodo más alto de importaciones a las prime-

<sup>5</sup> Cf. Archivo General de la Nación: Tierras, Vol. 3113, Exp. 3, ff. 7-14, Veracruz, año de 1580: “Decreto del virrey don Martín Enríquez para que el alcalde mayor de la Vera Cruz, Álvaro Patiño, haga que los mestizos, mulatos y negros libres hagan sementeras de maíz para ayudar al sustento de los vecinos de la ciudad, y se dé facultad para hacer el repartimiento de los terrenos” (Véase Antonio García de León, *Tierra adentro, mar en fuera...*, 2011, pp. 118-121).

ras tres regiones mencionadas arriba, coincidiendo con una recomposición en el crecimiento demográfico de los indios y las “castas” y al mismo tiempo que el Brasil y algunas islas caribeñas se convertían en los primeros proveedores de azúcar para el mercado europeo, acaparando la demanda de esclavos. Como puede apreciarse en el cálculo elaborado por Fogel y Engerman en su libro clásico *Tiempo en la cruz*, de los casi diez millones de esclavos (9 millones 735 mil) introducidos al Nuevo Mundo entre 1451 y 1870, poco más de seis millones entraron en el siglo económico que va de 1701 a 1810, es decir, cuando las introducciones habían casi cesado en la Nueva España.<sup>6</sup>

Lo que principalmente distingue a nuestra realidad de otros ejemplos posibles en el periodo colonial es la conformación de una economía altamente diversificada y autosuficiente, cuya inserción en el mercado mundial se efectuó sobre todo a través de la producción de plata, renglón que tampoco dependía del trabajo esclavo. Por lo mismo, la esclavitud nunca fue un proyecto central, ni el núcleo de las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo que se emplearon aquí; siendo sólo una forma que se usó aleatoriamente, en una primera instancia, para llenar los espacios en donde la población indígena, la principal fuerza de trabajo existente, no estaba presente o había disminuido en forma drástica por los efectos de la conquista y las epidemias.

Esto marca las diferencias entre la Nueva España y las colonias que eran enclaves de plantación y que dependían exclusivamente de la mano de obra esclava de origen africano para su desarrollo. Es así como en los enclaves monoprodutores que prosperaron en el Caribe, el Brasil y el sur de los Estados Unidos, el esclavo era una inversión pura, parte del capital constante de una plantación, y había de ser tratado como tal. Por lo contrario, en los complejos virreinos de México y el Perú —es decir, en el núcleo básico de la tierra firme americana colonizada por la Corona española—, la mayoría de los esclavos estaba fuera del modelo productivo primario, siendo elementos articulados al sector “terciario” de servicios artesanales y domésticos, y logrando, en la segunda o tercera generación, la liberación de la mayoría de sus descendientes. Esto explica por qué, y sobre todo después de 1701, la mayor proporción de esclavos fue introducida a las regiones que desarrollaron el modelo de plantación exportadora de azúcar; ese sistema que Eric Williams coloca en la base del desarrollo de la revolución industrial inglesa.<sup>7</sup> En el conjunto de la trata, para dar una sola idea de esta diferencia, si

<sup>6</sup> Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Tiempo en la cruz: La economía esclavista en los Estados Unidos*, 1981, pp. 10-16. Cabe recordar que entre 1451 y 1492 este “Nuevo Mundo” eran solamente las islas Canarias.

<sup>7</sup> Eric Williams lo sostiene en su obra clásica, *Capitalism and Slavery*, 1964.

tomamos como ciertas las cifras de Curtin, de Fogel y Engerman, así como otras más recientes, la Nueva España apenas representó el 1.07% de la totalidad de las introducciones, mientras que todas las colonias españolas en América, juntas, alcanzaron solamente el 17%, y eso que Cuba y Puerto Rico, después de 1770, se integraron también a la “revolución de las plantaciones intensivas”, como la ha llamado Sheridan,<sup>8</sup> y aumentaron sus introducciones forzadas, las que cesaron hacia 1870 con la abolición tardía de la esclavitud.

Si intentamos un breve recuento de las importaciones de esclavos para tener una idea muy general y provisional de lo ocurrido acá, veríamos que las concesiones dadas a los genoveses —y a ciertos particulares antes de 1580—, lograron introducir a Nueva España una cantidad creciente de esclavos *bozales*, hasta casi 20 mil en entradas esporádicas, la mayor parte de ellos proveniente de Guinea y Cabo Verde, así como algunos “negros criollos y ladinos” de la península ibérica. Estas primeras introducciones forzosas estaban destinadas a alimentar las necesidades laborales de las primeras plantaciones azucareras y a los reales de minas en el avance colonizador hacia el norte, cuando Cortés y otros empresarios creían que podían competir, en ese momento, en la demanda mundial de azúcar, algo que no fue posible por el ímpetu de la primera producción azucarera del Brasil.

Los *asientos* portugueses, en los 50 años de labor de su factor en Veracruz (1590-1640), introdujeron oficialmente el contingente más grande, alrededor de 70 mil, principalmente del Congo y Angola, sin contar las entradas de contrabando, distribuidas a lo largo de ese medio siglo.<sup>9</sup> Según los registros de Sevilla, en la segunda mitad del XVII y hasta 1713 los asentistas españoles, holandeses, franceses e italianos<sup>10</sup> importaron alrededor de 10 mil individuos, en su mayoría criollos del Caribe español (principalmente de Curazao), destinados a cubrir ciertas áreas de la economía afectadas por la depresión comercial de aquel siglo. Desde 1700 y durante la Guerra de Sucesión, la Real Compañía de Guinea (o francesa del Senegal) introdujo

<sup>8</sup> Sheridan, Richard B., “The Plantation Revolution...”, 1969, pp. 5-25.

<sup>9</sup> Es decir, un promedio anual de 1,166 “cabezas” anuales. Véase: Gonzalo Aguirre Beltrán en su ya clásico, *La población negra de México*, 1946. Véase también: Ph. D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade...*, 1969; Nicolas Ngou-Mvé, *El África bantú en la colonización de México (1595-1640)*, 1994; Enriqueta Vila Vilar, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, 1977 y Antonio García de León, “La malla inconclusa. Veracruz y los circuitos comerciales lusitanos...”, 2007, pp. 41-83.

<sup>10</sup> Aquí destaca el asiento de la compañía de Grillo y Lomelín, uno de cuyos socios principales, Agustín Lomelín, fue ajusticiado por algunos de los 300 esclavos “bozales” del río Congo que conducía personalmente a México. El motín ocurrió en La Rinconada (Veracruz) en octubre de 1669, dando lugar al levantamiento del “rey” Mbomba, que terminó por diluirse años después en las montañas de Actopan (en el lugar hoy llamado “Rincón de Negros”). Se trata de un episodio poco conocido, del cual hemos encontrado testimonios en el Archivo General de Indias de Sevilla, que citamos en nuestro libro *Tierra adentro, mar en fuera...*, 2011.

más de siete mil, mientras que La Real Compañía de Inglaterra (*South Sea Co.*), el último gran asentista autorizado (y el mayor introductor de mercancías legales y de contrabando a la Feria de Jalapa a través de su *navío de permisión*), vendió solamente algo más de 3 mil en poco más de cuatro décadas, en su mayoría del Caribe inglés (Jamaica principalmente) y algunos de Costa de Oro y Whydah (en el África Occidental). Las introducciones posteriores, a cargo de la Compañía Gaditana de Negros y de otras firmas de particulares —como la de Aguirre y Aristegui—, no tuvieron ya una gran importancia, debido a la contracción de la demanda del mercado local novohispano; que producía azúcar para el mercado interno y no para la demanda externa, lo cual hacía más rentable, en términos de economías de escala, al trabajo asalariado. Así y en resumen, y si damos por ciertos los cálculos de Colin Palmer, el total de esclavos importados a Nueva España en el periodo de tres siglos llegó hasta los 110,525 individuos<sup>11</sup>, lo cual representa precisamente sólo un poco más del 1% de las introducciones totales al Nuevo Mundo.

Pero todo esto no es más que una parte del contexto, pues la reproducción natural interna de los negros y sus descendientes fue mucho más productiva en términos demográficos que las mismas introducciones de esclavos *bozales* y criollos. Es más, la “modernidad” que esta integración y esta reproducción representan, se cristalizó indistintamente en las ciudades y en el campo, dándole a esta población un carácter “novohispano” inequívoco. Para colmo, la trata esclavista no era la principal actividad de los asentistas, de los negreros particulares y de las empresas que los financiaban, sino el contrabando y la introducción ilícita de productos manufacturados en Asia y en el norte de Europa con el fin de obtener plata, lo cual introduce un elemento de duda sobre los “registros” y su autenticidad. La trata era solamente el pretexto para acceder al rico mercado interno de la Nueva España, cada vez más ávido y más adicto a productos extranjeros que la metrópoli era incapaz de proporcionarle.

Así, lo fundamental para entender lo ocurrido en la Nueva España, es que a partir de varios factores (precio de mano de obra libre y esclava, rentabilidad, fiabilidad, tipo de ocupación y productividad) los términos de la ecuación terminaron por inclinarse en contra de la adquisición de mano de obra esclava, como ocurría en grandes áreas del imperio español en América, y esto fue más evidente en el siglo XVIII. Tal y como lo plantea Elliott:<sup>12</sup>

Éste era ciertamente el caso de Nueva España, donde el número de esclavos, que llegaba a 35,000 a mediados del siglo XVI, había caído a no más de 10,000

<sup>11</sup> Colin A. Palmer, *Slaves of the White God. Blacks in Mexico...*, 1976, p. 28.

<sup>12</sup> John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico*, 2006, p. 423.

en una población de casi seis millones hacia los últimos años del siglo XVIII. Un alto índice de manumisión, que es probable que fuera afectado por cálculos de rentabilidad [...], contribuyó a disparar la ya abundante población negra libre de México y, con ella, una oferta de mano de obra libre, doméstica y multiétnica.

Por todo lo anterior, y en términos económicos, la rentabilidad del trabajo esclavo resulta difícil de establecer, a menos que aislemos determinadas unidades de producción del conjunto general, como ocurre en ciertos momentos en algunas áreas de producción azucarera para el mercado interior y que —en oposición a la tendencia general—, seguían combinando la esclavitud con el trabajo a jornal, como sería el caso de las plantaciones del Marquesado del Valle en Cuernavaca en los siglos XVI y XVII, o de la red de trapiches —que nunca llegaron a ser ingenios—, de la región de Córdoba durante el XVIII, estudiados de forma particular.<sup>13</sup>

En cuanto al trabajo en las minas, en donde la esclavitud funcionó más o menos durante los primeros cien años de la colonización, varios ensayos clásicos, como el trabajo de Bakewell sobre Zacatecas, demuestran que también allí era obsoleta desde la segunda mitad del XVII.<sup>14</sup> Ahora bien, cuando Guanajuato sustituyó a Zacatecas en la creciente producción de plata, el trabajo a jornal era la norma y estas minas atraían una fuerza de trabajo multiétnica, y no por la coacción sino por sus salarios relativamente altos. Aquí vale la pena mencionar el comentario de un factor de la compañía inglesa *South Sea Co.*, quien en 1718, atribuyó la escasa demanda de esclavos, que hacía innecesaria la presencia de la compañía en México,<sup>15</sup> “al vasto número de indios tributarios que en el Reino de la Nueva España abundan y quienes ejecutan todas las labores a muy bajo costo”.<sup>16</sup>

El resultado fue que, si bien en el siglo XVII este conglomerado de mulatos libres era el segundo en importancia —con una diferencia numérica notable en relación a los indios—, ya para finales del periodo colonial solamente representaba, si nos atenemos a cálculos como el censo de Revillagigedo de 1790<sup>17</sup>, un 10% del total de habitantes, aun cuando la mayoría de la población mestiza tenía —en

<sup>13</sup> Véanse los textos de Ward Barrett, *La hacienda azucarera de los Marqueses del Valle...*, 1977 y de Adriana Naveda, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz...*, 1987.

<sup>14</sup> Véanse sobre todo las conclusiones de P. J. Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial...*, 1976.

<sup>15</sup> Antonio García de León, “La Real Compañía de Inglaterra y el tráfico negrero en el Veracruz del siglo XVIII, 1713-1748”, 2001, pp. 153-182.

<sup>16</sup> Citado por Aguirre Beltrán en *La población negra de México, op. cit.*, p. 85.

<sup>17</sup> Hugo Roberto Castro Aranda, *México en 1790 (El censo condenado)*. México, 1988. Consúltese también Áurea Commons, “La población de Nueva España en 1790”, 1995.

función del crecimiento natural interno—, en mayor o en menor medida, algún antepasado de origen africano. Así, la apreciación controvertida de Humboldt supuestamente minimizando el peso de los “negros” en México,<sup>18</sup> y, sobre todo el número de los esclavos, se ubica en una realidad colonial tardía y adquiere sentido si consideramos que desde el siglo XVII la mayor parte de los clasificados como “negros y mulatos” eran libres, integrados a varios oficios y actividades u ocupados en la defensa militar y, además, contribuyentes cautivos del sistema tributario de la Real Hacienda. Y eso cuando no habían logrado el privilegio de eximirse del pago de tributos a que les daba derecho su participación en las milicias de *pardos y morenos*, algunos con grados militares altos, lo que, dicho sea de paso, condicionó su movilidad social y su papel posterior en la guerra de independencia, ya como insurgentes o como realistas.

Podemos considerar, además, y con base en muchas evidencias, que como los esclavos resultaban más caros que los jornaleros y los peones *acasillados*, y la esclavitud se desmoronaba y se desagregaba por todas partes, esto propició que ciertos grupos de poder indujeran el cimarronaje y propiciaran así la final modernización del sistema. Es evidente, y si nos despojamos de las visiones a menudo simples que caracterizan al estudio de las revueltas cimarronas, que con el animado concurso de autoridades y ganaderos —tal y como ocurrió en el caso de Córdoba y las vecinas jurisdicciones de Cosamaloapan y Teutila—, ciertos grupos muy identificados (como los alcaldes mayores de estas regiones y el Mayorazgo de los Rivadeneira) alentaban la manumisión y protegían a los esclavos fugados de los trapiches azucareros, con el fin de utilizarlos de manera más rentable como mano de obra libre, en la ganadería y el cultivo del algodón.

La suma de estos factores nos explicaría por qué, por ejemplo, las dos principales revueltas *cimarronas* —originadas en la cuenca azucarera de Veracruz (la de Yanga a inicios del XVII y la de Macute y otros líderes entre 1734 y 1769)—, terminaron negociándose, se constituyeron como pueblos libres a la manera de “repúblicas” y produjeron un relativo triunfo de los sublevados: ser liberados, respetados como grupo y reducidos a un asentamiento fijo a cambio de integrarse a la defensa, dándole así una salida jurídica y política al desplome de la esclavitud. Pero al mismo tiempo, y eso es lo que generalmente se olvida, es que estos resultados negociados aseguraron en varias regiones el control estatal, la paz social, el poblamiento necesario al orden colonial y, sobre todo, la generalización del trabajo asalariado, mucho más integrador, rentable y moderno que la esclavitud. Es así como, con la excepción de algunos núcleos descendientes de negros cimarrones que fueron ignorados por el Estado colonial y luego por el go-

<sup>18</sup> Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* [1804], 1984.

bierno independiente, que casi nunca formaron grupos separados ni en el campo ni en la ciudad (ni siquiera en la Costa Chica en donde conviven desde su origen con mixtecos, amuzgos y mestizos de toda laya). La tendencia general fue más bien hacia la integración múltiple y la convivencia étnica y racial en los amplios sectores sociales que la administración colonial llamaba “castas”, y que ocupaban un estrato intermedio entre los “indios” y los “españoles”.

La misma noción clasificatoria, basada en la obsesión hispana por la “pureza de sangre” (algo que se remonta a los siglos de la Reconquista) fue profusamente representada en México y el Perú en los famosos “cuadros de castas”, abundando sobre muchos nombres que se daban a supuestas “mezclas” raciales; nombres que han fascinado a los investigadores pero que, en su mayoría, no se aplicaban en la vida real. Lo curioso es que sobre esta *red de oposiciones raciales imaginarias*, es difícil sustentar una reconstrucción histórica, aún más cuando no son categorías fijas, o cuando las personas, al cambiar de estatus en base a la movilidad social o a sus actividades económicas, también cambiaban muchas veces de “color” y de “calidad”. Si a ello agregamos las identidades asumidas por personas y grupos a lo largo de su vida, la cuestión se complica al infinito. Resulta además paradójico que los cuadros de castas, hechos por las autoridades virreinales para demostrar su eficiencia administrativa, sean el documento probatorio más extraordinario, desde el poder y desde la imagen, para tener hoy día evidencia de la magnitud de la naturaleza de “mezcla” de las sociedades americanas, de la integración reflejada desde el mínimo núcleo familiar, así como de lo imprescindible que resulta la herencia africana en esas posibilidades de intercambio genético.

Así que “alma en boca, huesos en costal”, es asumir una pertenencia inmersa en las profundidades de la identidad mexicana; un lugar de encuentro con las perspectivas de recuperación del pasado nacional a través de crisoles esenciales que están a la vista, innegables y consignados en las fuentes escritas y en la tradición oral.

## BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, Gonzalo

1946 *La población negra de México. Estudio etnohistórico*. México, Fondo de Cultura Económica.

Bakewell, Peter John

1976 *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*. México, Fondo de Cultura Económica.

Barrett, Ward

1977 *La hacienda azucarera de los Marqueses del Valle (1535-1910)*, Stella Mas-trángelo (trad.). México, Siglo XXI Editores.

Castro Aranda, Hugo Roberto

1988 *México en 1790 (El censo condenado)*. México, edición del autor.

Commons, Áurea

1995 “La población de Nueva España en 1790”, *Tempus. Revista de Historia* 3: 7-111.

Curtin, Philip D.

1969 *The Atlantic Slave Trade. A Census*. Madison, University of Wisconsin,

Elliott, John H.

2006 *Imperios del mundo atlántico*. Madrid, Taurus.

Fogel, Robert W. y Stanley L. Engerman

1981 *Tiempo en la cruz; La economía esclavista en los Estados Unidos*. Madrid, Siglo XXI de España Editores.

García de León, Antonio

2001 “La Real Compañía de Inglaterra y el tráfico negrero en el Veracruz del siglo XVIII, 1713-1748”. *Investigación Económica* LXI, 237: 153-182.

2007 “La malla inconclusa. Veracruz y los circuitos comerciales lusitanos en la primera mitad del siglo XVII”, *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español, siglos XVII a XIX*, pp. 41-83, Antonio Ibarra y Guillermina del Valle Pavón (eds.). México, Instituto Mora y Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Economía.

- 2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*. México, Fondo de Cultura Económica (2ª ed. 2014).
- Gómez de Cervantes, Gonzalo
- 1944 *La vida económica y social de la Nueva España a finales del siglo XVI*. México, Antigua Librería Robledo de José Porrúa e Hijos.
- Humboldt, Alejandro de
- 1984 *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* [1804]. Notas de Juan Ortega y Medina. México, Editorial Porrúa.
- Klein, Herbert S.
- 2000 "Tendencias recientes en los estudios comparados del comercio de esclavos en el Atlántico", *Naciones, gentes y territorios. Historiografía comparada de América Latina y el Caribe*, pp. 3-30, Víctor Manuel Uribe Urán y Luis Javier Ortiz (eds.). Medellín, Universidad de Antioquia.
- Naveda Chávez-Hita, Adriana
- 1987 *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1690-1830*. Jalapa, Universidad Veracruzana.
- Ngou-Mvé, Nicolas
- 1994 *El África bantú en la colonización de México (1595-1640)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Palmer, Colin A.
- 1976 *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*. Harvard, Harvard University Press.
- Sheridan, Richard B.
- 1969 "The Plantation Revolution and the Industrial Revolution, 1625-1775", *Caribbean Studies*, vol. 9, N° 3: 5-25.
- Vila Vilar, Enriqueta
- 1977 *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*. Sevilla, EEHS.
- Williams, Eric
- 1964 *Capitalism and Slavery*. Londres, Drescher.

*Documento citado*

Archivo General de la Nación, Tierras, Vol. 3113, Exp. 3, ff. 7-14  
“Decreto del virrey don Martín Enríquez para que el alcalde mayor de la Vera Cruz, Álvaro Patiño, haga que los mestizos, mulatos y negros libres hagan sementeras de maíz para ayudar al sustento de los vecinos de la ciudad, y se dé facultad para hacer el repartimiento de los terrenos”, Veracruz, año de 1580.

## BIENVENIDA A ANTONIO GARCÍA DE LEÓN<sup>1</sup>

Rodrigo Martínez Baracs

En primer lugar debo expresar mi muy profundo sentimiento de orgullo y de honor, y un poco de pena, al tener la inmerecida encomienda de recibir a un historiador de la talla de Antonio García de León, que honra mucho a nuestra Academia con su ingreso. Estoy muy agradecido con Antonio y con nuestro director Javier Garcíadiego Dantán por haber pensado en mí. A veces me asombro de las gracias que me da la vida.

Y tengo la impresión de que el mismo Antonio, al voltear hacia atrás, se asombra de todas las cosas que le da la vida, de tanta variedad y cala de los trabajos que ha hecho, y sigue haciendo, como nos lo mostró en el bello discurso que acabamos de oír. Tal vez se asombre, o tal vez al mismo tiempo lo considere natural, como si desde el comienzo ya se hubiese integrado al fluir del Tao, de su inclinación por la vida en la densidad de su devenir histórico, en el terreno fértil de su mente privilegiada y capacidad de trabajo, que le permitieron aprender y describir varios dialectos del náhuatl y el tzotzil, y de escribir importantes libros basados en muchos kilos de libros y documentos y en una experiencia viva de la tierra y de la gente, y sus lenguas y cantares, pero que jamás se vuelven pesados, ni aun sus magistrales *Resistencia y utopía*, sobre Chiapas, en dos tomos, y *Tierra adentro, mar en fuera*, sobre Veracruz, de mil páginas, porque son obras abiertas que se pueden leer por el comienzo o por donde uno quiera, y siempre encontraremos la prosa y la voz animada, inteligente e informadísima, del historiador Antonio García de León, que sabe mucho más de lo que escribe, y que jamás perdió la juventud, más aún, la niñez; nunca perdió el legado infantil del sur de Veracruz, los cuentos, las canciones, la lengua, el calor y la sensación de contacto con la naturaleza y con los espíritus que la habitan.

<sup>1</sup> Respuesta al discurso de ingreso del académico de número recipiendario, don Antonio García de León Griego, leída el 7 de agosto de 2018.

Antonio García de León Griego nació el 27 de agosto de 1944 en el pueblo de Jáltipan —el antiguo Xaltipan, en náhuatl, “Sobre la arena”— en el sur de Veracruz, una región con cuando menos 3000 años de historia civilizada, la cultura olmeca, y cuya densidad histórica se sentía por doquier en ese entonces. En el discurso que nos acaba de leer, Antonio nos habló de su madre, en la que confluían tradiciones —“nahuas, popolocas, ibéricas y africanas”— que se hacían presentes en la idiosincrasia materna. Vio bailar a su abuela cargada como una reina en un tablado. Y algo se detonó en la mente del niño cuando presenció la desconfianza de su padre, médico, ante la tolerancia de su abuelo, médico militar michoacano, por las supersticiones populares, en la botica de la familia. Todo lo incitó para proseguir esta inquisición autoanalítica. Había una tradición de cuenteros, cantantes, y el son jarocho, que se cantaba en las marisquerías y otros lugares de encuentro, que mostraban una densidad histórica de hechos antiguos y cercanos, profunda, que Antonio fue reconociendo después cuando se metió al “magma” de los documentos históricos. Gracias a ellos se dio cuenta que Veracruz había sido cristianizada de manera relativamente leve, por lo que pervivieron tradiciones muy antiguas, que él pudo mamar. Desde niño aprendió la lengua náhuatl que se hablaba en Jáltipan y oyó las historias que se contaban. Su maestro de tercero de primaria en Jáltipan, don Job Hernández Carrión, y otro en la secundaria en el Colegio de Bachilleres de Minatitlán, incitaban a sus alumnos a investigar cosas de historia local, como le contó Antonio a nuestra amiga Nelly Palafox en una feliz entrevista.

Durante sus exigentes estudios de Secundaria y Preparatoria en Minatitlán, Antonio se volvió un magnífico jaranero, compositor de sones, y de hecho yo supe de él antes de todo, gracias a mi amigo Víctor Basurto, como el gran cantor de “El Fandanguito”, de Arcadio Hidalgo (1893-1985), y por muy importante que sea su portentosa obra de historiador, la superan los minutos de oír cantar a Toño este son. Y tal vez este don fandanguero, bailar, tocar, cantar, improvisar décimas, le dio la sensibilidad y la fluidez y desfachatez para que fluyera la escritura de la historia.

Desde el comienzo, Antonio desarrolló el gusto por contar y por cantar, de donde se derivó el tono siempre narrativo de sus rigurosos estudios históricos, con un conocimiento esencial de la gente del pasado que estudia, que no son entes abstractos, sino gente que canta, piensa, se ríe, sabe disfrutar la vida. Antonio conoció y conoce a los mejores fandangueros de México, y escribió un libro sobre el son jarocho, y en buena medida puede decirse que desentrañar la densidad geohistórica del son le ayudó a entender su natal Veracruz, tanto en su arraigo a la tierra como en la multiplicidad de tradiciones que conjuga.

Tal vez, el hecho es que la capacidad de trabajo y aprendizaje de Antonio García de León es envidiable. A los 19 años, en 1963, ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la ENAH, del INAH, que se encontraba en Correo Mayor y Moneda, en el Centro, antes de pasar en 1965 al Museo de Antropología, donde estudió la especialidad de Lingüística (licenciatura y maestría integradas), y se recibió en 1969 con una tesis sobre el náhuatl en el pueblo de Pajapan, del sur de Veracruz. Al mismo tiempo que estudió, comenzó a trabajar, siempre en el INAH. Primero en el Museo de Antropología, en el catálogo de materiales etnográficos, bajo la dirección de Fernando Cámara Barbachano (1917-2007), con Roberto J. Weitlaner (1883-1968) y Lina Odena Güemes. Y después en el Departamento de Investigaciones Históricas, que dirigía Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), en el Archivo de la Palabra, como ayudante de Barbro Dahlgren (1912-2002), con Alicia Olivera de Bonfil (1933-2012); grabó discos en la Fonoteca del INAH con Arturo Warman (1937-2003) —imagínense lo que aprendió aquí el jaranero Antonio—, y ayudaba a don Wigberto en sus clases de náhuatl.

En la ENAH, con el apoyo del INAH, hizo trabajo de campo en Veracruz, Tabasco, Sonora y Oaxaca, bajo la guía del gran lingüista Mauricio Swadesh (1909-1967), que lo inició en la glotocronología, base de una historia de la evolución y diferenciación de las lenguas, centrada en el estudio de varias lenguas y sus variedades, para lo cual Antonio mostró una capacidad muy notable. Por cierto, él mismo cuenta que en la ENAH les pedían a los estudiantes que hicieran diarios de campo, y al comienzo no los llevaba, y los escribía rápido el último día antes de mostrarlos, hasta inventando alguna historia. Pero después vio los diarios de campo de Robert Weitlaner y le cobró fe y gusto al género. Ojalá Antonio suba pronto sus diarios de campo hechizos y los verdaderos a internet y publique una antología.

Su primer artículo lo publicó en 1966, a los 22 años, con el lingüista Otto Schumann (1934-2015), sobre el “El dialecto náhuatl de Almomoloa, México”, en la revista *Tlalocan*, fundada por Robert H. Barlow (1918-1951) y entonces dirigida por Ignacio Bernal (1910-1992) y Fernando Horcasitas (1924-1980). Pero desde el comienzo, el interés de Antonio se orientó no sólo a las lenguas sino a las historias que oía y registraba, como lingüista, pero también como etnólogo, historiador y novelista, que lo intrigan, como “El Dueño del maíz y otros relatos nahuas del sur de Veracruz”, que publicó también en *Tlalocan*, en 1968, y “La lengua de los ancianos de Jalupa, Tabasco” y “El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz”, publicados en 1967 y 1969, ambos en *Estudios de Cultura Náhuatl*, entonces dirigida por Ángel María Garibay K. (1892-1967), Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin. Nuevamente se le revelaba la densidad histórica de la realidad, que expresó de manera ejemplar en su tesis de maestría de 1969, publicada por el INAH en 1976, *Pajapan, un dialecto mexicano*

del Golfo, riguroso en la descripción lingüística del náhuatl de ese sitio, con un vocabulario, pero además con un análisis de su inserción en la evolución gloto-cronológica de los nahuas del este (hecha con la enorme y hechiza computadora de Swadesh), una descripción de los antecedentes históricos, un estudio de todos los aspectos de la vida de los pajapeños actuales, y una antología de textos nahuas pajapeños recogidos transcritos, traducidos y analizados, entre otros el ya mencionado relato del Dueño del Maíz, que se relaciona con varios otros relatos nahuas y popolocas que dan cuenta de un muy antiguo complejo religioso ligado al Dios del Maíz primigenio, que estudió el historiador Enrique Florescano, también veracruzano.

Pero el genio lingüístico de Antonio se extendió fuera del área nahua y del Golfo y abarcó el área chiapaneca, y en 1971 publicó el pequeño libro *Los elementos del tzotzil colonial y moderno*, en los prestigiosos Cuadernos del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, que da cuenta de la evolución histórica de la lengua desde la época de la Conquista hasta la actual (bueno, la actual hace medio siglo).

Antonio estuvo en 1971 en Oaxaca como coordinador del Instituto Nacional Indigenista, INI, en Tlaxiaco, en la Mixteca Alta de Oaxaca, pero en 1972 fue comisionado por la Dirección General del INAH a Chiapas, donde permaneció hasta 1978, junto con Liza Rumazo, su amor del 68 y de toda su vida, compañera y colaboradora en todas sus empresas. Estuvieron en los Altos de Chiapas, La Frailesca, la región Chol y la Selva Lacandona, adscrito Antonio al Departamento de Lingüística del INAH, coordinado por Leonardo Manrique Castañeda (1934-2003). De manera impresionante, Antonio continuó con el estudio de las variantes del nahua del Golfo, y el zoque ayapaneco, el tzotzil, el mam, el ch'ol y el mixe de Tamazulapan.

Su trabajo de campo lingüístico y antropológico lo vinculó políticamente con los pueblos, que vivían una situación económica y política cada vez más dura. Participó en la formación de cuadros para el Congreso Indígena de Chiapas de 1974, fue coordinador del Equipo Indígena para la traducción simultánea durante el Congreso, y de 1975 a 1977 coordinó el semanario *La Voz del Pueblo*, órgano del Congreso, en español, tzeltal, tzotzil, tojolab'al y ch'ol.

Pero el momento decisivo sucedió cuando unas autoridades indígenas le dijeron que ya no necesitaban clases y cartillas, sino que les buscara los títulos primordiales antiguos de sus pueblos, para poder reivindicar ciertas tierras, en manos de otro pueblo, situación, como se sabe, muy común y peligrosa. En su discurso de recepción del Premio Nacional de Ciencias y Artes 2015, Antonio contó que para buscar estos títulos se fue al Archivo General de Centro América, en Guatemala, sede de la antigua Capitanía General a la que pertenecía Chiapas, donde encontró los títulos que buscaba, pero encontró también la historia del

despojo de las tierras de los indios y de sus rebeliones y creencias, en esta Chiapas que se le descubrió más centroamericana que mexicana, lo que lo llevó a escribir su gran libro *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. En este momento se dio cuenta de que los estudios antropológicos, y en cierta medida los lingüísticos, están casi siempre atados al presente, con una perspectiva histórica muy pequeña, y se le reveló de manera sumamente poderosa la densidad histórica de los conflictos históricos lacerantes que presenciaba en los pueblos chiapanecos.

Así es como, después de dirigir brevemente la Especialidad de Lingüística de la ENAH, en 1978 pasó a París, donde permaneció hasta 1982. Estudió el doctorado en Historia en la Universidad de París I, Panthéon—Sorbonne, becado por el Conacyt. Todos sus estudios los hizo con la participación de su amada Liza, “en la recopilación, en el análisis y en la redacción” (me dicen que asegura Liza que la única manera de estar con él era acompañarlo en las bibliotecas y los archivos). Hicieron un trabajo de archivo impresionante sobre Chiapas en Guatemala y México, Sevilla y París, y en varias bibliotecas, había consultado periódicos y revistas mexicanas y chiapanecas, hecho cientos de entrevistas, muchas de ellas con antiguos carrancistas. La historiografía francesa, dominada por la Escuela de los *Annales*, fue decisiva para orientarse y no perderse en el mar de los materiales. Dirigió la tesis el propio François Chevalier (1914-2012), que le abrió a Antonio su biblioteca. Abrevó también del magisterio de Georges Duby (1919-1996), Pierre Chaunu (1923-2009), Pierre Vilar (1906-2003), Emmanuel Le Roy Ladurie, Ruggiero Romano (1923-2002), Maurice Godelier y el mismo Eric Hobsbawm (1917-2012), que dieron a la historia la perspectiva de la larga duración, de la historia económica y social, de los movimientos coyunturales y repetitivos, de inspiración braudeliana, pero también de la más nueva historia de las mentalidades, que Antonio hizo suya fácilmente porque sus investigaciones lingüísticas, antropológicas y documentales le dieron un íntimo conocimiento de las mentalidades de los chiapanecos, a lo largo del tiempo, del espacio y del espectro social.

A lo anterior se agrega que la propia experiencia directa de Antonio con la áspera realidad chiapaneca le dio una urgencia particular al libro, con la influencia adicional del movimiento estudiantil de 1968 (en Francia y en México), que Antonio vivió en la ENAH, que radicalizó al tiempo que liberó sus trabajos, en este caso hacia la elaboración de una historia de las rebeliones indígenas chiapanecas desde la conquista hasta la actualidad, y de sus condiciones económicas, sociales y culturales.

La perspectiva historiográfica del marxismo se hizo sentir en el título del libro *Resistencia y utopía*: “Acumulación primitiva y orígenes de una formación social”,

que define la “formación social concreta” chiapaneca en función del proceso de la acumulación primitiva del capital, esto es, de la expropiación precapitalista de los hombres y del territorio, necesaria para el arranque de la reproducción propiamente capitalista de la economía. Con la salvedad de que pareciera que la acumulación primitiva se volvió un elemento de la acumulación normal en México, cuyo principal atractivo en la economía mundial es la mano de obra barata. El marxismo historiográfico de Antonio está presente también en la manera de leer e interrogar las fuentes, una lectura de clase, que busca lo que los documentos a menudo callan u ocultan, la situación de los que no tienen voz. Y esta es una de las sensibilidades de Antonio, esta imaginación de la situación de los de abajo y de la gente toda, aunque los documentos hablen sobre todo de los de arriba, habilidad que lo acerca a una escritura que se permite las libertades de la literatura, basada en la imaginación documentada.

La estancia parisina de Antonio también conectó sus estudios lingüísticos mesoamericanos con los estudios lingüísticos franceses, con el descubrimiento del fonema, que para Antonio es un descubrimiento muy grande, como el del átomo, porque abrió al concepto de estructura, que resultó muy influyente en las investigaciones antropológicas y en las ciencias humanas en esos años parisinos, con la presencia de Roman Jakobson (1896-1982), Claude Lévi-Strauss (1908-2007), Georges Dumézil (1898-1986), Jacques Lacan (1901-1981), Louis Althusser (1918-1990) y Maurice Godelier.

Como Fernand Braudel (1902-1985) con su *Gramática de las civilizaciones*, Antonio quiso encontrar la “gramática” de la historia chiapaneca. Y así pudo “domesticar”, como dice, su material documental, que abarcaba casi 500 años, de la Conquista a la Revolución Mexicana y a las nuevas luchas del siglo xx. El libro se publicó en 1985 en dos tomos de la prestigiosa Editorial Era, con un Epílogo cultamente titulado “Sobre el volcán”, que anticipó lo que vendría ocho años después, el estallido de la Rebelión Neozapatista del primero de enero de 1994. Anticipó e influyó, porque *Resistencia y utopía* fue leído por la Comandancia, y le dio buena parte del tono y la densidad histórica y cultural a los famosos comunicados del Sub-Comandante Marcos (quien quita que él mismo escribió algunos).

Pero me estoy adelantando. De regreso de París a México en 1982, Antonio concluyó su gran libro, publicado como vimos en 1985, en el Centro INAH de Guanajuato, y en 1986 pasó al de Morelos, centro hasta la fecha de su vida y trabajos con Liza. También desde 1983 comenzó a ser profesor en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía y del Posgrado de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y como maestro y conferencista Antonio se explaya como cuentero, informadísimo, con la inteligencia chispeante (¡cómo me hubiese gustado ser su alumno!). Antonio es un joven entre jóvenes. Asen-

tado en Tepoztlán, continuó sus estudios chiapanecos, y persiguió otros temas históricos, como el de la música de Veracruz y la del Caribe, y se fue afianzando su deseo de retornar a la historia de su natal Veracruz, lugar de paso y movimiento, tan diferente de la “olla de presión” chiapaneca (como le llamó Eric Van Young). En 1993 publicó un artículo comparativo sobre “Comunidad histórica e identidad regional: los casos de Chiapas y Veracruz” seguido por varios artículos sobre el “Contrapunto entre lo barroco y lo popular en el Veracruz colonial”, muy en concordancia con la teoría del *ethos* barroco del filósofo marxista Bolívar Echeverría (1941-2010).

■ Pero el primero de enero de 1994 comenzó la rebelión zapatista en Chiapas y *Resistencia y utopía* de Antonio de García de León se volvió una de las referencias de estudio fundamentales para entender el estallido, junto con *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona* de Jan de Vos (1936-2011), de 1980, y las varias ediciones de *Chiapas, los rumbos de otra historia*, obra coordinada por Juan Pedro Viqueira Alban y Mario Humberto Ruz. Desde ese mismo año de 1994 la Biblioteca del Mando de la Secretaría de la Defensa Nacional hizo una edición especial de *Resistencia y utopía* para que la estudien sus estrategias. Mientras tanto, entre 1994 y 1997 Antonio fue coordinador de Asesores del EZLN en las conversaciones de paz de San Cristóbal de Las Casas y en los Acuerdos de San Andrés Sacamch'en en Chiapas. Y editó, en Ediciones Era, los tres tomos de *EZLN. Documentos publicados*, de 1995 y 1997, con ensayos de Carlos Monsiváis (1938-2010) y Elena Poniatowska (aquí menciono que me tocó promover una edición anterior de los escritos del Subcomandante Marcos y del EZLN, los tres tomos de *La palabra de los armados de verdad y fuego*, “Editorial Fuenteovejuna”, 1994 y 1995).

■ Antonio publicó muchos estudios sobre la rebelión chiapaneca a lo largo de la década de 1990, en variedad de medios, que contribuyeron a darle racionalidad, inteligencia y densidad histórica a la situación de auto-reconocimiento que vivía el país. Y en su libro *Fronteras interiores. Chiapas: una modernidad particular*, publicado en 2002 por la editorial Océano, hizo un balance lúcido y desencantado del movimiento, con el que marcó el final de sus afanes chiapanecos. En mayo de 2004 donó al Archivo de la Palabra de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH sus archivos personales usados en la redacción de *Resistencia y utopía*, para conformar el Fondo Antonio García de León, con “Libros, periódicos, fotos y negativos, fichas de trabajo, informes de gobernadores y entrevistas (grabaciones y transcripciones) a rebeldes, carrancistas y líderes agrarios, publicadas algunas en el libro *Ejército de ciegos* (1992)”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Tal puede verse en el currículum de Antonio, sección “Donación de archivos y libros personales”.

Sus tareas chiapanecas, sin embargo, no lo alejaron del todo de su investigación veracruzana y musical, como lo muestran su artículo de 1995 sobre “La décima jarocho y las vinculaciones de Veracruz con el Caribe”, y particularmente el confesional “Jáltipan: en busca del alma perdida”, de 1996, que nos indica el sentido profundo de su investigación, que se fue intensificando, abarcando una historia de larga duración, amplios espacios y diversidad de perspectivas, en un mar de documentos y libros en muchos archivos. Y para poderse concentrar en su trabajo, Antonio tomó la decisión de salir del Sistema Nacional de Investigadores.

Sus investigaciones musicales fructificaron con dos grandes libros. En 2002 salió *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, publicado por Siglo XXI Editores, y reeditado ampliado por el Fondo de Cultura Económica en 2016, y en 2006 vio la luz *Fandango. El ritual del mundo jarocho a través de los siglos*, publicado por CONACULTA. Del avance de sus investigaciones veracruzanas daban cuenta varios artículos que fue publicando, y un libro, *Contra viento y marea. Los piratas en el Golfo de México*, editado por Plaza y Janés, en 2004, y reeditado por Era, en versión ampliada, en 2014.

La investigación veracruzana se perfiló como una historia del puerto de Veracruz y de la región de Sotavento durante los tres siglos novohispanos, de la Conquista a la Independencia, para lo cual buscó hacer una historia regional que no fuera localista, lo cual se imponía más que en ninguna parte en un puerto de la importancia internacional de Veracruz, que se volvió en un centro fundamental de la economía mundo. Así cobró forma la perspectiva fundamental del libro, perspectiva doble que Antonio expresa en el título que le dio a su libro, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento*, expresando las dos dimensiones espaciales de su estudio, que remiten a las dos dimensiones básicas en el estudio de cualquier puerto, su *binterland*, el territorio en el que se encuentra y con el que interactúa de maneras variadas y complejas, y su *foreland*, el conjunto de tierras destino de los flujos navieros que salen del puerto.

Respecto al *foreland*, el mar en fuera, Antonio sigue al *Mediterráneo* de Fernand Braudel, al *Atlántico* de Pierre Chaunu y el *Sistema-mundo* de Immanuel Wallerstein, y nos abre los ojos sobre la peculiar imbricación de Veracruz y la Nueva España en la economía que se comenzó a mundializar en 1492, con los mercados financieros europeos, que nos da una perspectiva muy distinta a la relación sencilla entre una colonia y un rey español, particularmente en la Independencia intervenida de manera decisiva por el Banco de Londres y la compañía Gordon and Murphy. El tráfico veracruzano hizo de la ciudad de México, dice Antonio en coincidencia con Serge Gruzinski, la Nueva York del siglo XVII, en la que se hablaban corrientemente español, náhuatl, inglés, francés, portugués, alemán, es-querria, kikongo, chino y filipino.

■ Pero respecto al *binterland*, el territorio veracruzano imbricado en el Virreinato de la Nueva España y con las particularidades de las regiones del sur de Veracruz, cuna de la civilización mesoamericana, dan como resultado una reconstrucción fascinante de ambientes históricos concretos en diferentes momentos y lugares, basado en una investigación antropológica, lingüística y musical profunda, una investigación de archivo masiva (Antonio y Liza recogieron, leyeron y “domesticaron” más de 6,000 documentos de 32 archivos) y esfuerzos obsesivos y gozosos de historia presencial, recorriendo la ciudad del puerto de Veracruz palmo a palmo para visualizar cómo era en el siglo XVII cuando llegó el arzobispo... Y estas microhistorias insertas en otras tantas macrohistorias le permitieron entender que el pueblo de Pajapan, cuya variedad del náhuatl había estudiado en los sesentas y que entonces parecía un pueblo prístino, en realidad había sido una hacienda en la que habían convivido indios, españoles y africanos, que desapareció y se volvió un pueblo hablante de una variedad de náhuatl.

■ De modo que *Tierra adentro, mar en fuera*, dentro de su estructura cronológica básica (XVI, XVII, XVIII, Independencia), va recurriendo a varias maneras de explicar y de aproximarse a todos los aspectos de la realidad, desde lo macro hasta lo micro, combinando los enfoques y los tipos de narración histórica y literaria.

■ Antonio cuenta en la introducción, titulada “Puerto de entrada a un mar de historias”, que en realidad su objetivo era escribir la gran historia sin fin que, cuando tenía ocho años en Jáltipan, le había prometido contarle el cuentero Jacinto, que trabajaba con su padre, y no se lo contó, y siempre quedó frustrado y sólo escribiendo las mil páginas de *Tierra adentro, mar en fuera*, pudo redactar la historia que quería oír. Pero, publicado el gran libro, Antonio continuó sin poder parar, revisó y amplió sus libros sobre el Caribe musical y los piratas del Golfo, y publicó la narración de otra historia que no había cabido en el mar de historias de su gran libro veracruzano, *Misericordia*, con la historia de un grupo de apaches esclavizados por los españoles y mandados en 1796 a Veracruz para ser vendidos en las islas, pero que lograron escapar, huyeron rumbo a sus tierras de origen, y fueron cruelmente perseguidos. Y aunque los documentos de la persecución se refieren a los hechos de los españoles, Antonio logró meterse en las mentes de los apaches, al conocer su historia, en lo que significó esta huida.

■ Y más historias hierven en la mente de Antonio, como la que nos contó hoy de los africanos que vivieron en la Nueva España una suerte mucho menos dura que la que sufrieron los de Estados Unidos, las Antillas y Brasil. En México, y en menor medida en el Perú, el objeto principal de explotación de los españoles eran los indios, y los esclavos africanos se volvieron colaboradores en esta explotación, antes de integrarse a la sociedad novohispana cada vez más tributarios libres, y cada vez más amestizados, en la variopinta sociedad novohispana. Aún

adoloridos por la cruenta expoliación de los indios del norte novohispano, nos reconforta esta narración sobre cierta convivencia feliz en el mestizaje novohispano, mestizaje biológico, cultural y musical. Y ahora las investigaciones de Antonio avanzan, tanto acerca de la mundialización capitalista a partir del siglo XVI, con John Mark Tutino, como sobre la saga del Dueño del Maíz, completando y redondeando la investigación iniciada hace más de 50 años en Pajapan, que lo lleva a un viaje histórico, íntimo y cósmico.

Hay en las investigaciones históricas de Antonio una búsqueda de las claves de su propia historia, de lo que vivió de niño en Jáltipan, un mundo, que como lo dijo en su conferencia magistral de regreso a la ENAH, era un mundo indígena y rural que ya no existe, que desapareció con la urbanización industrial capitalista; un mundo que tenía mucho de novohispano, y que le restituyeron los documentos coloniales. Desapareció ya el mundo de Juan Rulfo (1917-1986), el de Luis González y González (1925-2003) y el de la infancia de Antonio García de León, su Macondo, su Edén subvertido, y por eso todo su afán histórico, antropológico, lingüístico y musicológico es una proustiana búsqueda del tiempo perdido, acaso la materia de una gran novela, y de un imprescindible libro de memorias. Sus investigaciones en largos tiempos, amplios territorios y variados campos, tienen, todas, un sentido de necesidad, pero también de intimidad. Por eso Antonio García de León es un historiador necesario y entrañable.

Bienvenido, Toño, a esta Academia Mexicana de la Historia, que se alegra y se viste de fiesta al recibirte.